

Mark Mazzetti. *La guerra en las sombras*. Buenos Aires, Crítica, 2013. 311 páginas.

Por Iván Poczynok (UBA)

Recibido: 15/08/14 - Aprobado: 19/09/14

El libro de Mark Mazzetti, *La guerra en las sombras* (*The way of the knife*), explora una serie de operaciones desplegadas a lo largo de la última década por la Agencia Central de Inteligencia (CIA), el principal servicio de información exterior de los Estados Unidos. A diferencia de otros textos recientes que abordan la historia de la Agencia¹, la obra se centra en las transformaciones que experimentó la doctrina operacional del organismo en las “zonas de guerra no declarada”, es decir, aquellos territorios que si bien no se encuentran en una situación formal de guerra, ocupan roles decisivos en la estrategia de seguridad diseñada por Washington tras los atentados del 11 de septiembre de 2001.

El supuesto central del autor –periodista del New York Times e investigador pasante del Woodrow Wilson International Center– es que la concentración de los esfuerzos presidenciales en la problemática del terrorismo ocasionó una distorsión inédita en las funciones de la CIA, asociadas originariamente a las tareas de reunión, análisis y producción de inteligencia estratégica. Mazzetti sostiene que la importancia conferida al seguimiento de células y operadores específicos provocó que las evaluaciones de inteligencia se focalizaran en aspectos preponderantemente tácticos y que, con frecuencia, se desestimaran las variables de largo plazo –como por ejemplo, el impacto que podía ocasionar el desmantelamiento de esas células en la radicalización de otros actores–.

¹ Ver Weiner, T. (2008). *Legado de cenizas: historia de la CIA*. Barcelona: Debate; y Frattini, E. (2005). *CIA: Historia de la Compañía*. Madrid: EDAF.

En paralelo a este proceso, el autor advierte que la CIA comenzó a adquirir mayores competencias ejecutivas para desarrollar operaciones en el terreno, lo que le confirió una considerable autonomía respecto del resto de los organismos que integran el sistema de seguridad y defensa de los Estados Unidos. Esto generó una peligrosa superposición de responsabilidades, que se manifestó incluso en la planificación y el despliegue de operaciones paralelas sobre un mismo objetivo. Asimismo, el crecimiento de las competencias operativas de la Agencia –tarea tradicionalmente reservada para los cuerpos especiales de las Fuerzas Armadas– reavivó las históricas reticencias con el Pentágono, dependencia que también compensó esta “desventaja comparativa” mediante la creación de sus propios órganos de inteligencia.

Las fortalezas y las debilidades del libro están asociadas a las características propias de las investigaciones periodísticas, en particular las que abordan este tipo de tópicos. Por un lado, las descripciones son puntillosas y proveen información detallada sobre el impacto que tuvieron ciertas directivas –tanto presidenciales como de nivel estratégico operacional– en el funcionamiento cotidiano de la Agencia y en la variación del perfil de los agentes reclutados a partir de los ataques de 2001. Al respecto, es importante destacar que si bien el autor utiliza ocasionalmente el controvertido recurso de los “informantes reservados”, la amplia mayoría de las fuentes empleadas son declaraciones públicas y documentos oficiales abiertos, entrevistas a funcionarios retirados del servicio y documentación desclasificada. Esto permite localizar fácilmente al lector la información de base y posibilita la revisión en “crudo” de aquellos textos que pueden resultar de interés.

No obstante, la minuciosidad con la que se relatan ciertos episodios –por ejemplo, los reveses en la relación con la Dirección de Servicios de Inteligencia de Pakistán, o la consolidación de los vehículos aéreos no tripulados MQ-1 Predator como una tecnología estratégica– dificulta al



mismo tiempo la construcción de una interpretación “panorámica” o comprensiva sobre el fenómeno en cuestión. En cierta medida, el libro presenta una distorsión similar a la que el autor asigna a la CIA: la centralidad conferida a las variaciones tácticas limita los esfuerzos dedicados al análisis de los factores de largo aliento que condujeron a asignar cada vez más responsabilidades operativas a este organismo y a debilitar –consecuentemente– su capacidad de conjurar y anticipar escenarios, es decir, de producir inteligencia estratégica.

Sin dudas, esta limitación es resultado del estilo periodístico de la obra. Así, preocupaciones tales como la herencia de los desaciertos producidos en las guerras de Afganistán e Irak en materia de inteligencia, la dependencia cada vez mayor de la información táctica provista por servicios extranjeros, la creciente privatización de las funciones de reunión y análisis de la información y la necesidad de conjugar el sostenimiento de la guerra contra el terrorismo con el repliegue de las tropas regulares son factores mencionados esporádicamente en diferentes tramos del libro, pero sólo con fines descriptivos.

Recién hacia el final de la obra, Mazzetti reflexiona con mayor abstracción respecto del impacto que tuvieron estas variaciones tácticas en las modalidades de conducción estratégica de las operaciones de Washington en las “zonas de guerra no declarada”. Así, se advierte que la importancia conferida a la obtención de información operacional y la progresiva “militarización” de las funciones de la CIA tuvieron gran efectividad en el plano táctico, pero consecuencias dudosas en el nivel estratégico. En este sentido, la lectura de *La guerra en las sombras* sugiere que la estrategia estadounidense en la “guerra global contra el terrorismo” posee, a más de una década de su inicio, una temeraria dosis de caos e incertidumbre, que sólo pareciera enmendarse con el inagotable esfuerzo presupuestario que destina a su sostenimiento.